

Volumen XXV Noviembre 1.º de 1930 Número 250

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTÁ

IMP. DE «LA LUZ» —CARRERA 7.ª, NÚM. 590.

MCMXXX

CONTENIDO

	Págs.
<i>Sermón de la Bordadita</i> , José Vicente Castro Silva.....	661
<i>Colombia</i> , José Joaquín Casas.....	673
<i>Patrimonio no embargable</i> , Jorge Gartner.....	682
<i>Elegía</i> , José J. Ortega, Salesiano.....	689
<i>Mi ofrenda</i> , Miguel Antonio Caro.....	692
<i>Mi ofrenda</i> , Jesús Estrada Monsalve.....	693
<i>El carpintero de Nazaret</i> , Jesús Estrada Monsalve.....	693
<i>Cuestiones civiles</i> , Pedro Gutiérrez Mejía, B. A.....	694
<i>Discurso de Clausura de estudios</i> , José Vicente Castro Silva.....	700

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Noviembre 1.º de 1930

SERMON DE LA BORDADITA

Esta solemnidad tradicional, como todas las que celebra y autoriza la liturgia católica, no es ni puede ser uno de aquellos ritos ayunos de significación que suelen perdurar merced al hábito, sostenidos por la rutina desalumbrada, e instalados en las costumbres por obra del apego irreflexivo.

Como las piedras antiguas cargadas de inscripciones transmiten a la posteridad una memoria insigne y obligan o provocan a las gentes a desentrañar el sentido exacto del monumento y a comprender la intención de quienes lo erigieron, así esta fiesta, que viene celebrándose hace ya siglos, lleva en sí una como substancia intelectual que, por el mismo caso que parece llana y compendiosa al enunciarla, debe causar en los ánimos una noble avidez de escudriñarla y comprenderla.

Y como las sentencias esculpidas en la dureza de la piedra (jeroglífico del espíritu que vence la materia), no se mudan con el paso de los años, pero sí dan asunto copioso a los investigadores que ora rectifican una historia, hora puntualizan un suceso; así la enseñanza que se encarna en esta liturgia a que asistimos permanece idéntica en su significación, no obstante la antigüedad que la decora. Para los que hoy venimos a estudiarla devotamente, lo mismo que para esotros que antes de ahora tuvieron

que interpretarla o reconstruirla, ha sido lección de sabiduría, y de sabiduría muy alta y acendrada, capaz, no digo ya de aquilatar una crónica vetusta o un suceso legendario, sino de enderezar las vidas humanas, y de compasar sus actos y de ordenar las conciencias individuales que son, al fin y al cabo, el taller y oficina donde se fraguan los destinos y la historia de los pueblos.

A quien pregunte por esa lección y enseñanza le responderemos mostrándole allá fuera la efigie de la Madre de Dios que esculpió Pimentel para ornato de la fachada; acá dentro la imagen de la misma Virgen del Rosario, que señorea el altar, bordada por las piadosas manos de la Reina doña Margarita de Austria y enviada de uno a otro continente, en no sé qué galeón, como obsequio al Arzobispo Fundador y con el fin de que los Colegiales la venerasen por su Patrona y Madre.

Como a tál la recibieron ellos y el Ilustrísimo señor Fray Cristóbal de Torres, cuya devoción a la Virgen fue tan honda y eficaz que, además de haber empleado en su alabanza y panegírico buena parte de sus doctas vigili-
as, acopió tesoros ingentes, sumó tierras a tierras y juntó haciendas con haciendas para que tanto caudal sirviese a la fábrica de este Colegio del Rosario, quizá el más abastecido de los que entonces y después fueron ilustres en la América española. De tan grande opulencia no sacó para sí el señor Torres honra ni provecho. No derivó provecho porque, como cuenta su mejor biógrafo: «Este hombre que gastaba por centenares de miles su dinero en socorro a los pobres, en beneficio público y del Estado, llegó a verse en el caso de no tener ni un real para el gasto de su casa». Y en cuanto a la honra, no podía buscarla en este mundo aquel Arzobispo cuyo desasimiento le hizo estampar al pie del suntuoso inventario de bienes que atribuyó al Colegio, esta frase henchida del desdén superior con que los hidalgos a lo divino miraron siempre la riqueza: «Todo lo cual tenemos por basura en proporción

de nuestro deseo y de lo mucho que debemos a Nuestra Señora del Rosario, por habérselo dado y permitido ponerlo a sus pies».

Ayúdenos esto para comprender que la imagen, el nombre y la invocación de la Virgen María deben ser aquí mucho más que un formalismo consuetudinario; son en realidad el símbolo sagrado de la vida específica, inconfundible y perenne que el Ilustrísimo señor Torres infundió en estos claustros, vida—apresurémonos a anotarlo—sobrenatural, fundada en la gracia divina, sostenida por la doctrina de la fe, amparada por la autoridad de la Iglesia católica; vida cuyo ápice y perfección consiste en copiar en cada uno de nosotros la vida misma de Jesucristo y en modelarnos conforme a su Evangelio; vida hacedora de hombres que, según lo sufra su condición, muestren en sí los rasgos y semblanza de aquella fisonomía moral que una vez por todas enseñó el Hijo de Dios a sus hermanos como arquetipo insuperable de bondad.

En otras palabras, quiere decir esto que el Fundador de este Instituto, pretendió crear entre nosotros un Colegio Cristiano donde empiecen todos los adelantamientos de las ciencias, toda la multiforme actividad de la razón que por justos caminos avanza hacia la consecución de la certeza, todo el arte peregrino que mejora las costumbres y prepara en la integridad y armonía corporales un templo digno de la majestad del espíritu; todo, todo ello debe caber aquí; pero cimentado sobre una base moral cuyas leyes irremplazables son las que da la Religión católica.

Y por cuanto esas leyes no son otra cosa que la aceptación de la vida de Jesucristo como regla de las vidas humanas, es digno y justo y saludable que, así como Dios Omnipotente se sirvió de la Virgen Madre para introducir a su Hijo en este mundo y para darle sér y naturaleza humana que lo emparentasen con nosotros y que hiciesen de sus ejemplos algo adecuado y consentáneo a nuestra

índole, así también ha de ser ley de la eternal sabiduría que la Virgen contiúe ofreciéndonos a su Hijo Jesucristo para que nos formemos a imitación suya. Ved, hermanos, con cuánta propiedad preside este Colegio la Imagen de Nuestra Señora con el Niño en los brazos! Guárdalo allí para entregárselo a los hombres y no es otro su oficio y ministerio. A manera de celestial fideicomiso lo abriga en su seno glorioso; un día lo puso en las manos rudas de los pastores de Belén, y las esperanzas inmortales de Israel y del Orbe se guarecieron en el regazo de la pobreza ingenua y mansa; otro día lo entregó a la veneración misteriosa de los viajeros magos, y amaneció entre su fasto el verdadero Sol que viene de Oriente; otro día lo confió a los varones píos que habían de sepultarlo, y del tal sepulcro surgió al tercero día el vencedor de la Muerte y del Pecado; y muchas más veces, tantas cuantas son las vidas de los hombres y sus alternativas, está dispuesta y prevenida para comunicarnos a su Hijo. A su Hijo que, otrora viviendo en carne pasible, pasó de los brazos maternos a los ya sarmentosos y envejecidos de Simeón, para que los ojos turbios del sacerdote se esclaresen y apacentasen en la aurora del luminar de justicia que allí se mostró alzándose sobre las claridades embozadas del crepúsculo profético. Que si, concluída su peregrinación terrestre, sobrevino la hora de tinieblas, no pensemos que fue sin particular consentimiento de María, como el Hijo de Dios y de la Virgen paró entre la turba multa de sus atormentadores: a ellos también se lo entregó Nuestra Señora para lograr a precio de tal sacrificio la plegaria salvadora del ajusticiado y la confesión arrependida y los golpes de pecho y el pasmo religioso de la muchedumbre que bajó del Calvario.

Este oficio de la Virgen, que consiste en dar a su Hijo por la salud de los hermanos, no ha concluído. Sólo que ya no se trata de comunicárnoslo sensiblemente sino espiritual y sobrenaturalmente; quiero decir, de poner en

nosotros, para que lo reduzcamos a la práctica, el amaestramiento de su doctrina, el influjo de su ejemplo, el imperativo de su santidad y la afición vehemente a su perfección y belleza morales. Todo lo cual, arraigado en las inteligencias y voluntades, las forzará racionalmente a reproducir en el sér humano las líneas de aquel modelo insuperable y a hacer de cada individuo un trasunto vivo del Maestro Celestial.

Dános, pues, María al que es Maestro y Modelo por excelencia y por esencia, de que se sigue ser Ella verdaderamente la educadora de la humanidad.

Aun el hecho de presentarnos a Jesucristo como niño está abonando este título que acá le damos. Semeja, en efecto, que con ese ademán maternal está diciéndonos: Veis aquí la divinidad empequeñecida, la Sabiduría balbuciente, la Omnipotencia encogida, la Dominación menesterosa, y veisme a mí guardándole los pasos y cuidando de su crecimiento en edad y en sabiduría delante de Dios y de los hombres. Si El se allanó a esta disciplina, fue de una parte pura dignación y largueza del Amor Infinito con que le plugo acercarse a sus criaturas, y fue de otra un propósito de señalarme y constituírme para que guiara los pasos y cuidara del crecimiento de los hombres en la empresa de conformarse con la imagen de mi Hijo. Yo miré por El cuando pasó por el mundo revestido de forma humana, y por el mismo caso, a mí me incumbirá mirar perpetuamente por El, cuando la fe le haga nacer y habitar en cada uno de vosotros, cuando la virtud le haga crecer y dilatarse en las almas, cuando el ímpetu del mal y el contraste del espíritu y de la carne pretendan hacerle huír de vuestros corazones, cuando torneis a acusarle, como el Sanhedrín, y a juzgarle sin justicia, como el gobernador romano, y a posponerlo al sedicioso, como la plebe judaica, y a azotarlo, como la soldadesca del pretorio, y a crucificarlo, como los sutiles fariseos.

Yo no intento con esto sino a persuadirlos a que reconozcáis el gran principio católico de que Nuestro Señor Jesucristo, además de su existencia propia, gloriosa y divina, tiene mientras dure este mundo otra manera de subsistir y de mostrarse y hacerse sensible, es a saber, aquella que consiste en que nosotros hagamos de su ley una norma eficaz de vida. A eso, nos advierte la tradición eclesiástica, no llegará nadie como no sea por mediación de María Santísima, y eso fue lo que se aplicó a realizar el Fundador de este Claustro.

Su idea me parece arrancada de cierta página del Evangelio donde el Salvador exhibe dos hombres, uno que levanta la pesadumbre de un edificio sobre cimientos de competente firmeza y proporcionada recia; y otro que labra su casa sobre la resbaladiza flojedad de las arenas. Anegadas y embestidas por aguas y vientos, salió bien librada la primera; pero avinole mal a la segunda y fue grande y lastimosa su ruina.

Parábola de la educación del hombre es este apólogo divino. Porque, educar, ¿qué es sino disponer y aderezar con los materiales preciosos que son las potencias del espíritu y del cuerpo, una mansión excelsa donde resplandezca toda verdad, donde tengan acogida todos los instintos generosos y donde pueda el espíritu salir de aventura para regresar, no vestido con los despojos tomados a Aquiles, sino con los trofeos benéficos de una sinrazón vencida, de una fuerza natural sojuzgada, de un rastro de hermosura aprisionado en las mallas tenues del arte y de las letras? Mansión es ésta que necesita de un fundamento que la soporte y que—digámoslo ya—no puede ser otro que la vida moral de cada hombre. Y cabalmente aquí es donde tiene cumplida aplicación la frase augusta de nuestros Libros Santos: «Nadie puede poner otro fundamento que el que ha sido puesto y que es Cristo Jesús».

No confundamos, señores y hermanos, el edificio con el cimiento, es decir, la ciencia con la rectitud moral,

nombre este último que entre cristianos se pronuncia «santidad». Ni piense nadie que para obtener el desenvolvimiento armonioso del hombre basta hacerle capaz de muchas y variadas noticias, de elucubraciones fugaces, de plausibles discursos, nó. Quitadle a un acervo intelectual el cimiento de la vida moral, y ya veréis cómo la ciencia puede convertirse en instrumento de desolación, obediente al impulso de las más abatidas y aun soeces codicias. Apartad de la inteligencia mejor informada y más aguda, la ley de Dios, reguladora perennal de las conciencias y generadora de virtudes que en todo tiempo hicieron buenos a los hombres, y presto se os ofrecerán espectáculos los más desgraciados y lastimosos. Aquí, emponzoñadas las fuentes de la vida, naufraga la penetración de la mente y se deshacen los caudales de la retentiva en una anticipada corrupción; allí se pierden en agraz las más espléndidas promesas muertas en hora temprana por el egoísmo helado que no reconoce otro motor que el placer inmediato y sin gravámenes; allá claudican los ingenios y se agotan en servicio de intereses y concupiscencias bochorrosas; acullá las fuerzas de la mente conviértense en ministriles y corchetes de la injusticia para poner en tortura las más claras normas de honradez y honestidad; y más lejos, huérfanos de perseverancia y caridad, espíritus ilustres andan a tientas desparramando energías jamás encauzadas, gravosos a sí mismos e inútiles para los demás, meteoros errantes sin órbita ni rumbo, exhalaciones fugaces que no respetaron su propia luz porque no quisieron ver en ella un reflejo y destello de la Luz Increada.

Como base que es de toda educación, la religión no simplemente aceptada como un rótulo social, sino creída y practicada con rigurosa lógica, está a mil leguas de confundirse con la ciencia, con la simple moral natural, con los sistemas filosóficos; porque la Ciencia, con ser fruto del mandamiento divino primordial que impuso a los hombres el deber de dominar la tierra y sojuzgarla, pene-

trando los arcanos cósmicos y sometiendo las fuerzas vivas de la creación, la ciencia—digo—que rodea el orbe y lo mensura y lo sopesa, en viniendo delante del más pobre corazón humano, desfallece. La más quitaesenciada jurisprudencia se contenta con aproximaciones cuando se le pide que gradúe una responsabilidad, y es impotente para deshacer la madeja complicadísima de influencias que intervienen en los actos; rondan ansiosas en torno de nuestro oscuro dominio interior la psicología y la fisiología, disecan fibras y escarmanan móviles, pero no remedian una desesperanza, no desvanecen una cuita, no embotan una pena, no avientan el remordimiento, no transfiguran la flaqueza. La Ciencia, hija de Dios, que comenzó quebrantando una piedra para utilizar sus aristas, y ahuecando la mano para darle a la voz mayor alcance, hoy se vale de una franja luminosa para precisar los metales que nadan en la mole radiosa de los astros remotísimos, hoy hace viajar los sonidos por la ruta vibrante de las ondas, pero esa misma ciencia de abolengo divino, que analiza el milenarismo parpadeo de las estrellas, ignorará siempre cuánto vale la emoción que ensombrece una mirada.

A ese mundo secreto donde alternan el bien y el mal, donde cohabitan y riñen el racional y el bruto, donde hay pasiones que ahora son acicate de grandeza y ahora son incentivo de villanía, a ese fondo y sima sólo puede bajar la Religión de Jesucristo. Que tampoco se confunde, como se ha dicho desatentadamente, con ningún sistema filosófico, por la razón potísima de que tales sistemas, así sean los más exquisitos, apenas pueden invocar una autoridad humana, en ocasiones individual y hasta hipotética que naturalmente se aportilla y tambalea si otra autoridad del mismo linaje la contradice y apela de sus fallos y les pone pleito ante un entendimiento mejor informado.

Ni hay por qué callar que en la intimidad de las conciencias hay instintos tenebrosos y viles que se amotinan contra el dictamen de la razón recta. Intímelo ella afian-

zándose en el mandato del Justiciero Eterno e Incorruptible y de la Retribución ultramundana, y el apetito hervoroso y enloquecido, mirará dos o tres veces antes de quebrantarlo o de torcerlo en su ventaja valiéndose de una casuística vecina del cohecho. Dejad, en cambio, que la razón, sin otro arrimo que su propio valor y autoridad, sin más apoyo que el de un sistema filosófico, trate de resistir la sobrepujante embestida de una concupiscencia famélica, y asistiréis unas veces al caso deplorable del espíritu que se blanda y desmaya e inventa un compromiso para salvar las apariencias, y veréis otras veces cuán fácil y desenfadadamente se atropella y aniquila el dictamen justo de la conciencia honorable. Revive entonces algo de la escena del gran trágico, y provoca poner en boca del apetito desmandado contra la razón, la frase despectiva de Hamlet ante el cadáver de su víctima, el cauteloso y tímido Polonio: «Pensé habérmelas con otro personaje más encumbrado y poderoso».

Reparad ahora en que si le quitáramos a la Religión de Jesucristo su carácter de base y fundamento de la educación y la cultura, quedaría reducida a una mera dependencia de la historia y habría que presentarla a las mentes de los educandos como un fenómeno social tan interesante y tan indiferente como cualquiera de los cultos antiguos o modernos.

Sólo que esos educandos no se engañarían ni aceptarían que todas las religiones se midiesen por el mismo rasero. Un entendimiento mediano advertiría luego que va mucho de las religiones muertas cuyos dogmas y preceptos no son ya sino pasto de la erudición y de la arqueología, a ésta otra que, como su Fundador, es signo de contradicción, y por lo mismo ostenta la más irrefutable señal de vida y robustez. Y advertiría también que hay una diferencia sustancial entre las demás religiones, achacosas e infecundas, o vacilantes, o confinadas en tal o cual raza, y esta otra religión que se magnifica precisa-

mente allí donde más a fondo es combatida, que se asienta mejor y da de sí más largo fruto, no donde predomina un secular marasmo, sino donde la civilización es más presurosa, que se esparce sin estorbo de razas ni de lenguas, que mantiene una ansia tenaz de evangelización, que suscita odios y persecuciones cuando ya no hay quien piense en zaherir el antiquísimo juicio de los muertos que temORIZABA a los egipcios ni en ensañarse contra la nebulosa ideología del Teosofismo contemporáneo; que exhibe sin cesar dechados de virtud, de sacrificio y de abnegación ante los cuales se rinden así los propios como los extraños; que a través de los siglos ha podido sacudir de sí la corrupción interna e impugnación externa, causas notorias de caducidad en las instituciones humanas; que, finalmente, posee en el Pontificado Sumo, no sólo un principio de duración, sino, como lo confiesan aun los heterodoxos, la mayor autoridad moral del universo.

Y si no es dable equiparar la Religión de Jesucristo con las que preocuparon los espíritus alguna vez, tampoco lo será el suponer o proclamar que el hombre puede emanciparse de la Religión o declararse autónomo respecto de ella. Lo cual, sobre ser un desconocimiento formal de los principios revelados, apareja la más honda y radical anarquía en punto de creencias y costumbres, e implica la ruina y desbarate de la genuina bienandanza social.

¿Sabéis por qué? Porque solamente la Religión es capaz de insinuarse en las almas para extirpar de ellas el egoísmo y plantar en su lugar la rectitud. Mientras el poder público se emplea en reprimir y castigar a los que, dominados por una u otra pasión desordenada, violan la santidad del derecho privado, o, lo que todavía es más detestable, atentan contra el orden social, la Religión cría y educa en sus recónditos laboratorios aquellas almas abnegadas que en épocas aciagas pueden ser los restaurado-

res de la sociedad, el consuelo de naciones enteras. Podríamos decir que si la potestad temporal cercena implacable los abscesos que para deformarlo aparecen en el organismo social, la acción religiosa, penetrando en sus entrañas, depura y vigoriza y hace sanos los elementos que la componen. Así que buscar la prosperidad pública o la integridad individual fuera de la Religión es correr en pos de un fantasma que huye, es estribar en un cimiento que se desmorona. Cuando amengua el espíritu religioso los pueblos se ven aquejados de secretas dolencias, por más que exteriormente aparezcan ataviados con las galas de una cultura avanzadísima.

Espíritu religioso que no puede beberse sino en la consideración de la doctrina cristiana, de Jesucristo mismo que nos ha sido dado y se nos da de continuo por mediación de la Virgen Bendita, Patrona y Educadora nuestra. Otra y otra vez aquí en el Claustro y más tarde allá en el mundo, aprended a mirar el Niño Dios que lleva en los brazos. El es la Santidad, Santidad sin sombra, Santidad que supera no sólo a las virtudes practicadas por los paganos, sino también a la de los santos de la Iglesia que son sus imitadores. La misma idea de la perfección humana tal como nosotros la concebimos y como la conciben aún los mundanos e impíos no se ha introducido ni se conserva en la humanidad sino mediante el conocimiento de Jesucristo, y nadie podrá negar, ni creo que lo haya negado, que el cristianismo ha levantado al hombre a una altura de perfección moral enteramente desconocida fuera de su influjo. Aquel vencimiento del egoísmo humano, aquella energía de voluntad, aquella delicadeza de conciencia, aquella mente desperdiciada y, sobre todo, aquel fuego de amor que lleva al sacrificio y lo hace amar y desear con pasión, rasgos son y figura de Cristo en las almas que acertaron a asimilar sus pensamientos y afectos con los del Hijo de la Virgen.



Excelentísimo señor:

Cuando Fray Cristóbal de Torres diseñó en sus Constituciones la traza de esta iglesia, ordenó que allá en la torre se pusieran dos emblemas que significaran las armaduras de fortaleza y de sabiduría que perpetuamente debían labrarse en este Colegio. La obra ornamental no se llevó a cabo, quizás porque más gloriosa y elocuentemente denunciaron ese intento del Fundador los varones excelsos que de aquí salieron a darle honor a Dios y a engrandecer la Patria y dilatar su nombre. Pero el propósito del Arzobispo y Maestro —así lo creemos piadosamente— persevera en su espíritu morador de la luz eterna y de la paz perpetua. Y yo me figuro por manera de parábola, que allí en el presbiterio, desde su sepulcro y delante de la Majestad Sacramentada, dialogan calladamente el Fundador de quien se ha dicho que fue el más ilustre de los hombres que envió a este suelo la Madre España, y el último Rector, Maestro sin segundo de muchas generaciones. Último he dicho porque su grandeza impide que tenga sucesor, en compensación ella le habilita para entrar en coloquio familiar con el Arzobispo. ¿Qué se dicen? Yo no soy digno de saberlo, pero sí oigo que hablan del Colegio Mayor y piden al Señor que lo engrandezca. Por Dios y por la Patria! claman los dos patriarcas y eso es lo que debe realizarse con vuestro patronato, señor Excelentísimo, con vuestra dirección, señores consiliarios, con vuestro convencimiento y voluntad, señores colegiales y alumnos, con vuestro amor y celo, ¡oh noble y esclarecida juventud!

JOSÉ VICENTE CASTRO SILVA

